

# ARTES Y LETRAS

## REVISTA ILUSTRADA



### ARTE

Busto de Velázquez. — *La Compasión*, dolores de Campoamor, ilustrada por Gómez Soler. — *Puertas de bronce de la Plaza de San Marcos, en Venecia*. — *Plano del Palacio episcopal de Alcalá de Henares*.

### COLABORADORES LITERARIOS

ALAS — ALFONSO — AKAUJO — CAMPOAMOR — GENER — LEZAMA — NAVARRO (D. FELIPE B.)  
OLLER (D. NARCISO) — PALACIO VALDÉS — PALACIO (D. EDUARDO)  
PÉREZ GALDÓS — SARDÁ — SELLÉS — TABOADA — YXART

### LETRAS

*El «asunto» en pintura*, conclusión, por Luis Alfonso. — *Dado*, por J. Sarda. — *Los importunos*, por J. Yxart. — *La Holanda y sus ciudades*, por Pompeyo Gener. — *Cronica romana*, por D. C.

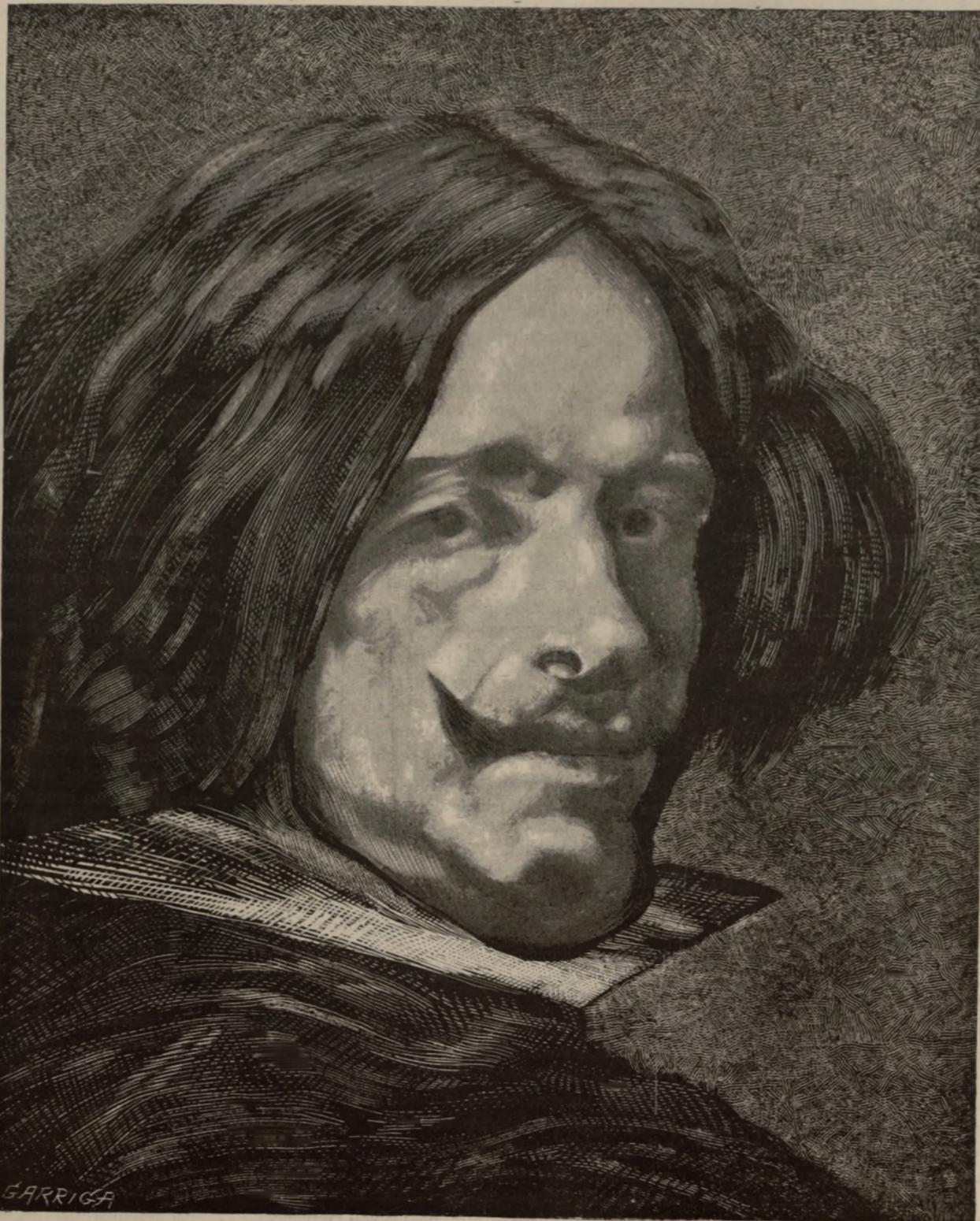
### COLABORADORES ARTÍSTICOS

FABRÉS — FONT — GÓMEZ SOLER — MARQUÉS — LORENZALE (D. RAMIRO) — LLIMONA  
PAHISA — PRADILLA — PELLICER — RIQUER — TAMBURINI

AÑO 1883

Barcelona, Agosto

Núm. 11



BUSTO DE VELÁZQUEZ

Ayuntamiento de Madrid

## EL ASUNTO EN PINTURA

(Conclusión)



PRIMER ejemplo: *Bodegón*. — En el Salón de París de 1873 había un cuadrito que tenía por título, *lo que se necesita para escribir* y que representaba, en efecto, lo que para escribir necesita un autor: papel, tinta, pluma y «pensamientos frescos.»

2.º ejemplo: *Paisaje*. — Una mañana (hace de esto algún tiempo) entró en mi cuarto el hoy ya célebre paisista Gomar y me dijo: — Tengo un pensamiento para un cuadro que se titulará *La guerra*; dime si te gusta. El pensamiento, ó, mejor dicho, el cuadro, será este: «un campo de trigo, la mies pisoteada y destrozada; hondos surcos de ruedas, algunos despojos militares por el suelo; á lo lejos humareda y resplandor de llamas.» Quedé desde luego prendado del asunto; sin una sola figura, sin más elementos que los exclusivos del paisajista, Gomar iba á trazar elocuente, vivo, palpitante el poema terrible de la guerra. Desgraciadamente, Gomar, ignoro por qué (quizá influido por la moda), no lo ha pintado.

3.º ejemplo: *Animales*. — No mentaré «Alejandro y Diógenes» (ó sea el galguillo aristocrático y petulante, seguido de otros de su casta que se detienen ante un «ratonero» metido en un desvinciado tonel y junto á una mala escudilla) ni otras semejantes y graciosas composiciones de Landseer; acudiré á algo más sencillo y moderno, aunque inglés asimismo. Es un lienzo de poca magnitud, expuesto en la Galería de las Artes del Certamen Universal de 1878 y cuyo autor se nombra Rivière. El fondo es la entrada á las habitaciones de un castillo ó morada señorial; cortinajes desgarrados, muebles rotos, puertas acribilladas, armas caídas; por única figura un perro tendido de través ante la puerta y muerto á fuerza de heridas. ¿Hay drama más conmovedor que el que la imaginación reconstruye allí al punto? El enemigo, sea el que fuere, ha asaltado la mansión, ha matado á unos y se ha llevado á otros; el fiel can ha luchado por defenderles y ha sucumbido el último, cuando ya no quedaba ni un defensor...

4.º ejemplo: *Busto*. — El de una negra, que puesta delante de un espejo, se da de polvos con una borla; titúlase el cuadro (que es de allende los Pirineos) «*Tiempo perdido*». Otro (este de autor español) el de una fresca y lindísima muchacha, que echando para adelante la cabeza, entornando los ojos y entreabriendo los labios, espera un beso, que parece haya de darle el que mira el cuadro.

5.º ejemplo: *Género*. — Aquí, no uno sino cien ejemplos podría presentar; citaré solamente cuatro (uno francés, otro inglés, otro austriaco y otro alemán) como leve prueba de lo mucho que, sin grandes esfuerzos, gastos ni complicaciones, puede hacerse en este orden de pinturas. El más sencillo, el del alemán Knaus, representa únicamente la figura picaresca de un muchacho, músico callejero, que cuenta gozoso las monedas de la ganancia del día. ¿Cuánto no cabe pensar al fijarse en aquel trovadorzuelo que tan pronta y fácilmente olvida las crudezas de su existencia vagabunda! El cuadro del austriaco Kurzbauer representa el interior de una posada; en primer término y en hábitos de viaje, hay dos adolescentes, él y ella, casi dos niños, pálidos y aterrados ante la inopinada aparición de la madre de ella, señora respetable que, seguida de su mayordomo, acaba de llegar y sorprender en su primera etapa á los fugitivos. Los demás pasajeros de la hospedería miran con curiosidad más ó menos maliciosa la escena. La expresión, tanto en primeros actores como en comparsas, es apropiada por extremo. El que contempla el cuadro siéntese al punto inquieto por la suerte de aquel raptor y aquella raptada de quince á diez y ocho abriles, pero

tranquilízase presto, porque comprende que la cólera de la madre no ha de ser temible en demasía y que la escapatoria terminará, tras de la correspondiente y severa amonestación, en el correspondiente casorio. *La tentación*, del francés Leloir, pica más alto: un monje, un eremita, un San Antonio, pero mozo aún, vese de improviso asaltado por dos provocativas bacantes, que desnudo el cuerpo, suelta la cabellera, coronadas de rosas y envueltas en gasas, hacen presa de él. Cual supremo recurso, el juvenil asceta se agarra con manos crispadas á una cruz de leño, ante la cual rezaba de hinojos, pero ¡ay! que las tentadoras tiran con fuerza y la cruz se dobla y cruje y va á romperse!... — Alegoría no menos intencionada, pero más pura y melancólica, es la del inglés Morris (cuyo cuadro, como los anteriores, formó en la última gran parada de los ejércitos artísticos del mundo, ó sea en la exposición de París de 1878). Dulce y sencillo paisaje, bañado por el resplandor suave del ocaso, es el fondo; las figuras una hilera de cuatro ó cinco lozanas y donosas niñas que corren alborozadas por el camino adelante, á tiempo que corta su marcha un anciano campesino, armado aún de la prolongada cuchilla corva montada sobre un palo, con la que acaba de igualar sin duda el césped de cercano jardín. El rótulo de la composición es *La guadaña y las flores*; es decir, la vejez que siega la existencia, y la juventud que, sin pensar en ella, ríe y goza; — en una palabra; la muerte y la vida.

No he presentado tan sólo estos ejemplos para hacer notar que argumento con hechos concretos y no con teorías; otro es, además, mi propósito, y helo aquí:

¿Sabéis lo que muchos de nuestros pintores hubieran hecho en el caso del bodegonista, el animalista, el paisajista, el figurista y el generista (y perdónenme Dios y la Academia tan desafortunados vocablos)? Pues el primero agrupar los objetos que hubiera hallado á mano; el segundo copiar el perro que hubiera tenido más cerca; el tercero trasladar al lienzo el trozo de campo que viera ante su caballete, el cuarto reproducir el busto de su modelo, y el quinto pintar el chico de su portera, ó el patio de un mesón con dos ó tres figuras bebiendo, ó un cuerpo femenino desnudo sobre unos paños, ó un camino en la campiña con algunos viandantes por él. Todo ello estudiando el natural con atención prolija, poniendo sus cinco sentidos en la exactitud, la entonación, el colorido, quizá en el dibujo, pero ni uno solo de esos cinco sentidos en procurar intención, idea, asunto, en fin, al cuadro.

Lo mismo les hubiera costado un trabajo que otro, pero dijérase que nuestros pintores, como los absolutistas de Fernando VII, pretenden extinguir «la funesta manía de pensar.»

El procedimiento, la receta, para hacer cuadros hoy día, son conocidos. El artista en sus excursiones ha dado con un fondo que le agrada y que ha copiado, ó sin salir del estudio, elige un rincón de él donde amontona su mueblaje como fondo. Una vez esté pintado á su satisfacción, se pregunta: «¿qué pondré aquí?» Y pone, sin calentarse más los sesos, á su modelo ó modelo vestidos ó de maja ó de chulo, ó de torero ó de casacón. Alguna vez, si el fondo es de bodega, taberna ó posada, viste el modelo á la chamberga.

Desde que Fortuny pintó aquel aficionado á estampas ¿cuántas casacas, calzones y chupas no hemos visto examinando otra estampa ó un cuadro, ó un globo terráqueo, ó una estatua, ó cualquier cosa?

Pues ¿y toreros? De diez ó doce años acá no se ha abierto exposición ninguna, chica ó grande, oficial ó privada, de óleos ó de acuarelas, donde falte un espada ó un picador, ya jaleando á una moza, ya plantado junto á la barrera.

Recuerdo á propósito de exposiciones, que en la que Hernández organizó un año hace, disponiendo como local del palacio de Arenzana, había una acuarela de Villegas, otra de Daniel Hernández,

otra de Senet y otras de otros cuyo nombre olvidé, procedentes todas ellas de Roma, y representando todas un soldado tártaro. ¡Válgame Dios por tártaro y de cuántas maneras lo vimos! pero siempre la misma figura y siempre con la mano en el puño del yatagán y siempre mostrando bajo el casco una cara nacida en la Tartaria... del Tiber.

Eso sí, las acuarelas citadas eran soberbias y no pudo llamarse á engaño el que pagó algunos miles de pesetas por alguna de ellas; pero ¿hubieran valido menos con no ser todas iguales y todas mudas, esto es, sin decir nada á la inteligencia?

Porque la elocuencia del arte es la expresión acertada del pensamiento del autor. Por eso si el autor no piensa, su obra no habla.

El mismo fondo encontrado á la ventura, la misma figura, trasunto del modelo asalariado, los mismos accesorios, sacados del arcón de las telas, pueden, combinados con arreglo á un plan previo, significar un drama ó un sainete, un poema ó un romance, pero significar algo que acredite al autor, no sólo de hábil obrero del pincel, sino de inteligente artífice de la idea.

Si el pintor al ir á pintar para vender uno de esos cuadritos que, en castellano semejante al de *factura*, se denominan de *género*, en vez de preocuparse tan sólo con la postura del modelo, el efecto de luz, los contrastes del color y otras condiciones meramente externas y materiales, se detuviera un poco y hojeando un libro, recordando un suceso ó consultando á un amigo, hallara un asunto por sencillo que fuera y con tal norte empezara á trabajar, ¿no sería de más interés y precio y categoría su obra?

No lo hace así, y suele ser el primero en burlarse de esos poetas-músicos que sólo producen armoniosas pero huera rimas, y por cuyos versos no circula la sangre vivificadora de la idea. Sus cuadros son, sin embargo, como esos versos.

Un ejemplo más, el último. En el *Belvedere* ó Museo de Bellas Artes, de Viena, con sólo pasar de una sala á otra, se pasa de los retratos de Van-Dyck á los de Denner. Nada en éstos ha olvidado el pintor, como dice Taine, ni las rayas de la piel, ni el imperceptible jaspeado de los pómulos, ni los puntitos negros de la nariz, ni la azulada transparencia de las venas microscópicas que serpentean sobre la epidermis, ni los brillantes globos de las pupilas donde se copian los objetos cercanos, nada. Ante aquellas cabezas quedase uno, como yo me quedé, estupefacto, atónito. No hay más allá: los cuadritos Meissonnier, los Ruipérez, los León y Escosura, están embadurnados á la brocha al lado de aquel prodigio de ejecución, y ninguno de nuestros pintadores más fieles en trasladar la naturaleza á sus *panneaux*, ninguno, llegará á tanto.

Y, sin embargo, la admiración que provoca Denner, es fría; es semejante á la que producen los calados en marfil de los chinos ó los trabajos de taracea de los italianos... mientras que á veinte pasos del pintor alemán, estaba el pintor flamenco, cuyos retratos no le costaban dos años como al otro, sino dos semanas; donde la verdad no estaba con tanta prodigiosa exactitud reproducida, pero cuyas figuras, apuestas y gallardas, cuyo trazo suelto y varonil, cuya elegancia exquisita, producíanme — y á todos los que amen el arte de veras les produce — no frío estupor, sino ardoroso entusiasmo.

Además, ¿quién ha pensado jamás en situar á Baltasar Denner en el Olimpo de la Pintura, donde Antonio Van-Dyck se yergue entre Rubens y Murillo?

Un recuerdo, no ya un ejemplo, para terminar. Es ahora de rigor entre los pintores, echar incienso sin medida á Rosales, quizá, entre otras cosas, porque ya no existe.

Pues bien, Rosales que, en efecto, parecía mojar el pincel de Velázquez en la paleta de Goya, no pintó, que yo sepa, un solo cuadro, grande ni chico, sin asunto.

En resumen, que, siguiendo como hasta aquí, la

mayoría de nuestros pintores expondrá manchas, estudios, impresiones de color, trozos del natural, (todo ello admirable, portentoso y sublime) pero no cuadros.

Pueden, por lo tanto, esos pintores, ó continuar de esa suerte, no ejercitando más que la mano y no conquistando más que los ojos, ó pueden, con igual trabajo y con el gasto mismo, pero añadiendo reflexión ó apelando al sentimiento, crear obras que, como del espíritu nacidas, enamoren el espíritu. Escojan.

LUÍS ALFONSO.

## DIDO

I



Por aquellos tiempos en que la literatura clásica preocupaba á los críticos, discutíase por éstos el mérito comparativo de las dos grandes epopeyas que aquella nos ha legado, la Iliada y la Eneida. Ni faltaban quienes, los menos sin duda, antepusiesen Virgilio á Homero, y tuviesen en mayor estima la depuración de la forma y la copia de grandes bellezas literarias del latino que la grandiosa y genial irregularidad del griego.

No hay por qué reavivar esa antigua querrela de retóricos. Roto como hoy está el prestigio de la tradición académica, es probable que ni á querrela llegase por falta de contendientes. Dista mucho la Eneida de la Iliada; cuanto del genio dista el talento, por superior que éste se considere. En el orden histórico podrá ser más importante, siquiera por la trascendencia más inmediata de sus efectos, la primitiva fundación de Roma que la guerra y ruina de Troya, pero en el orden épico y en los dominios de la leyenda mediterránea, ningún acontecimiento reviste la grandiosidad que la lucha de griegos y troyanos, conflicto de dos razas y de dos civilizaciones á cuyo lado palidecen, como mezquino episodio local, las aventuras del *pater Aeneas*. En el orden literario, cuando no otra superioridad, tendrían el autor ó autores de la Iliada sobre el de la Eneida la que tiene el maestro que crea, sobre el discípulo, por aventajado que sea, que imita. En el orden psicológico, finalmente, todavía la comparación redundaba más en provecho de Homero que de Virgilio. La Eneida es pobre en caracteres, y el del protagonista el más insustancial de todos. En cambio, el gran poema griego, con sus Agamemnon y Menelao, Aquiles y Patroclo, Ayax y Ulises, Nestor y Príamo, Héctor y Paris, Hécuba, Andrómaca y Helena, sin contar los dioses, verdaderas figuras humanas, ni los personajes secundarios que en copiosa variedad pululan por los veinte y cuatro libros del poema, es una verdadera enciclopedia de caracteres, cifra y compendio del universo moral, animado hervidero de pasiones y vicios y grandezas y debilidades con tal relieve descritas que se han incrustado en la memoria de los siglos y convirtiéndose en indelebles personificaciones en que la imaginación ve retratadas las variedades típicas del infinito mundo de las almas. Si se nos permite usar una comparación muy del gusto clásico y no nueva tal vez, Homero es caudaloso río que ya se despeña por entre gargantas de rocas y lanza sus aguas en remolinos de espuma, ya las dilata por entre extensas márgenes cubiertas de bosque virgen, al paso que la Eneida es un canal de ancha pero invariable corriente, de pendiente suave y regular, y cuyas aguas se deslizan voluntariamente aprisionadas por entre huertas y jardines de esmerado cultivo y ondulantes perspectivas.

Pero, con ser así como es, posee Virgilio, en comparación con Homero, una cualidad que para un

lector moderno es preeminente, la cualidad que, para llamarla de algún modo, llamaremos del sentimentalismo lírico. La Iliada habla en primer término á la imaginación, á la inteligencia; la Eneida habla más al corazón. Aquella es más sublime, esta más bella; aquella más poética, esta más novelesca en el sentido moderno. Raras veces la Iliada excita en nosotros ese vago sentimiento de melancolía, de tristeza que produce el espectáculo de las dolencias íntimas del alma. La despedida de Héctor y Andrómaca, la entrevista de Príamo con Aquiles constituyen excepciones en el poema griego. No así la Eneida.

Virgilio no es ya el poeta griego que mira el dolor moral como perturbación momentánea y pasajera del equilibrio de la naturaleza, y ahoga en sí todo sentimiento que pueda nublar la serenidad gloriosa del cielo que le cobija y á cuya luz se desenvuelve armónicamente su sér todo; ni es tampoco el poeta que contempla con religioso terror la trágica suerte de los grandes infelices, en quienes mira tan sólo víctimas irresponsables de un Hado ante cuyos decretos se postran sumisos los dioses y los hombres. Virgilio, cercano al cristianismo, siente removida su alma por los hálitos precursores de la terrible tempestad espiritualista que aquél desencadena y cuyo estallido abre la era nueva. Rota la armonía que estableció el fatalismo naturalista de la antigua Grecia, el alma se emancipa y hace soberana, pero con la soberanía llega la responsabilidad, surge clara la conciencia del dolor en que esta se traduce, y asoman las indefinibles nostalgias, el inquieto malestar sin objeto y sin motivo que en lo venidero ha de caracterizar al arte, como manifestación que es siempre la más directa é inmediata de los goces y sufrimientos del espíritu. De ahí el sello de melancólico lirismo que ostentan las obras de Virgilio, y entre ellas la misma Eneida, á pesar de que por su índole esencialmente objetiva, y por amantada de lleno á los pechos de la épica griega, era la que menos había de prestarse á las ingerencias del naciente sentimentalismo.

Nada lo prueba tanto como el episodio de Dido que llena como fondo del cuadro los tres primeros cantos y ocupa exclusivamente todo el cuarto de aquel poema. En este episodio riñe Virgilio por completo con el maestro cuyas huellas se ha propuesto seguir en su obra. La figura de su heroína parece arrancada á un libro moderno. Verdad es que en el siglo de oro latino hay más modernos y aun románticos de lo que á primera vista pareciera. Cátulo escribe poesías de las que hoy llamamos íntimas, cuasi cuasi *suspirillos germánicos*. Propertio, para no citar á otros, despojado de su copioso atavío mitológico, parecería en no pocas ocasiones un melencólico del año 30.

La idea madre del episodio de Dido en la Eneida no es enteramente original de Virgilio. Los antiguos eran nada escrupulosos en punto á originalidad; menos estragados, más literatos que nosotros, no se morían por lo nuevo sino por lo bello. Toda la tragedia antigua gira sobre contadísimos argumentos, y aun estos sacados de la leyenda popular, que se repiten y desarrollan una y otra vez sin más variantes que las de ejecución.

Concretándonos á Virgilio, sabido es que para sus obras entró á saco por la poesía griega, llegando en ocasiones, no ya á imitar, pero á traducir, y no como se quiera, sino trozos enteros. Á creer á Macrobio, el canto segundo de la Eneida, uno de los mejores del poema, estaba calcado directamente sobre un poema de Pisandro. La idea capital del episodio de Dido, esto es, el entronque de la rivalidad de Cartago y Roma con la muerte de Dido sacrificada á su amor por Eneas, atribúyese á Nevio, autor de un poema sobre la primera guerra púnica, la cual hizo como soldado y celebró como poeta. «Los romanos, dice Horacio, traen no ya en las manos sino en el corazón las obras de Nevio.» Tal vez éste la tomara de la tradición popular, de la cual por su desenfadado anacronismo y

singular belleza, es de todo en todo digna la tragedia de Dido. ¿Qué hay de Nevio en Virgilio, amen de la idea y de los trazos generales? Difícil es averiguarlo de un modo cierto porque del *Bellum Punicum* de Nevio sólo fragmentos se conservan tanto insignificantes para resolver la duda, bien que no parezca descaminado sospechar que no habrá mucho más de aquellos.

Si de las líneas generales del argumento pasamos á los detalles de ejecución, tampoco faltan autores que se encarguen de descubrir los plagios. Sainte-Beuve, en uno de sus estudios críticos, envidia y admiración de literatos, muestra de una manera evidente lo que para su heroína tomó Virgilio de la Medea de *Los Argonautas*, poema del alejandrino Apolonio de Rodas. La imitación, sin embargo, se limita al período incipiente del amor á Eneas. *Los Argonautas* de Apolonio eran muy estimados en Roma y aun habían sido vertidos al latín por Varrón de Atax, contemporáneo de César. Algo inspiró también á Virgilio, pero de más lejos, el episodio de Ariadna abandonada en Naxos por Teseo, que figura en las *Bodas de Tetis y Peleo*, de Cátulo. En cambio, no tengo por admisible que Virgilio imitara de lejos ni de cerca la *Medea* de Eurípides como han apuntado ciertos críticos, entre los cuales Mr. Pierrón, historiador de las literaturas griega y romana, y autor de texto muy leído en Francia y por lo mismo en España. No negaré que haya ciertos puntos de contacto, aunque muy vagos, en la situación dramática de entrambas heroínas, abandonadas las dos de sus respectivos amantes ó esposos. Pero los caracteres son enteramente distintos, como lo son los elementos morales que determinan su respectivo desenvolvimiento. Medea es la mujer despechada, rencorosa, en cuyo seno late el alma de un malvado, adormecida por los arrullos de la prosperidad. La conducta infame de Jasón despierta á la fiera que dormía. No es tanto su amor el que se rebela como su instinto de sangre. No la empujan los celos, sino criminal orgullo. Astuta, artificiosa, sabe fingir para mejor preparar su venganza, y el anhelo de ésta es tan horrible que apaga en ella aun su amor de madre, y la impulsa, sin grandes remordimientos, á sacrificar á sus mismos hijos con tal de hacer más terrible el castigo del esposo perjuro. Dido, en cambio, es la mujer buena, débil, desarmada, toda corazón, toda pasión, que no sabe más que amar; no es la vanidad ó el orgullo lo que en ella hiere el despego de Eneas, sino su amor, alma de su alma, risueña esperanza de un porvenir de venturas que la fuga de su amante disipa en un momento. Podría vengarse y no se vengó; en vez de matar, muere; no es una criminal sino una desgraciada. Medea vivirá, contenta de haberse vengado. ¿Qué le importa á Dido la venganza? Su amor, el amor de Eneas es lo que le importa. Por esto ni puede ni quiere sobrevivir á su pérdida.

Nos hemos extendido en este paralelo por honor á Virgilio y á fin de que nuestros lectores, después de haber leído la historia de Dido antes de Dido, no sintiesen la tentación de rebajar en más de lo justo el mérito de su verdadero y definitivo creador. Tanto han dado los historiadores de literatura en decir que Virgilio fué un plagiario, que al fin, poquito á poco, le van quitando aun lo que es suyo, y Dido, á pesar de todos esos elementos anteriores que accidentalmente y como estímulos á la inspiración concurren á engendrarla, es creación original y bien original del autor de la *Eneida*.

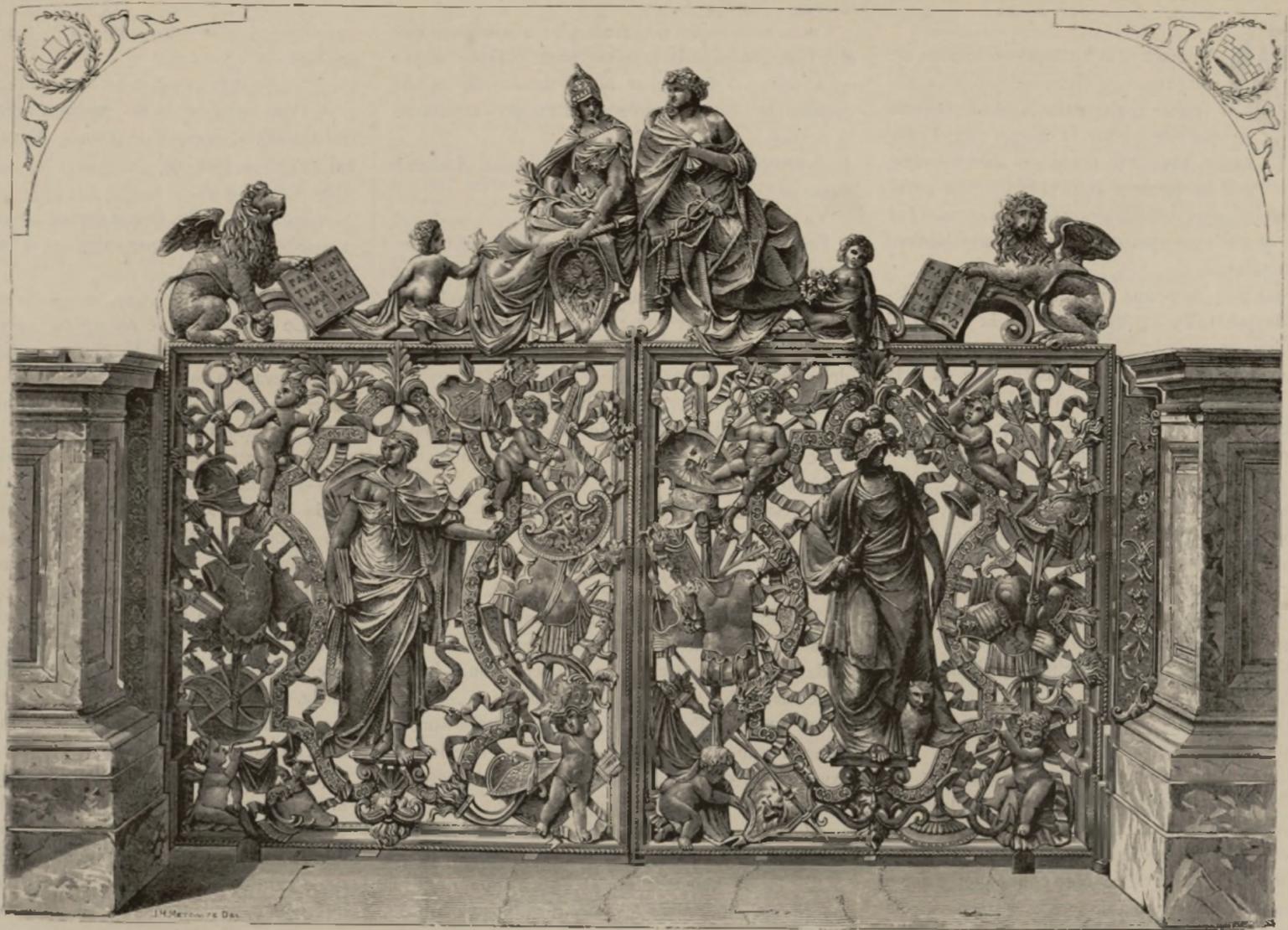
J. SARDÁ.

(Continuara.)

POESÍAS DE DON RAMÓN DE CAMPOAMOR



LA COMPASION (DOLORA)



PUERTAS DE BRONCE DE LA PLAZA DE SAN MARCOS EN VENEZIA



PATIO DEL PALACIO EPISCOPAL DE ALCALÁ DE HENARES

Ayuntamiento de Madrid

## LOS IMPORTUNOS



El hombre (la víctima) se levanta de mañana, con el vivo deseo de aprovechar trabajando la hora propicia en que refrigerado el cuerpo con el descanso, templado y ágil, el ánimo sereno y la inteligencia despejada y fresca, parece que no hay más sino poner manos á la obra. ¡Qué bien se siente! ¡qué gusto! ¡qué magnífico día! vengan cuartillas.....

Apenas puso la pluma en la primera, cuando llaman á la puerta, y..... ¡adiós! sale á la escena el primer importuno.

Es un amigo antiguo, un forastero que va á la capital á gestionar algunos asuntos.

Mi hombre no tiene más remedio que ahogar su contrariedad con una exclamación de grata sorpresa, entre irónica y cariñosa:

—¡Oh amigo mío! ¿Usted por acá?

—Á ti no se te halla en casa en todo el día..... pues.... me he dicho..... la mejor hora..... pues.... voy á sacarle de la cama.

Y se ríe tan satisfecho de su penetración y de su agudeza.

—Y mucho que sí..... has hecho muy bien..... pues no faltaba más.....

—¡Vaya! ¡vaya!

Grandes risas y apretones.

—Chico, ahí me tienes dispuesto á acabar con todas las intrigas y obstáculos que me están haciendo perder mi pleito..... tú ya sabes.....

Y aquí empieza el buen señor una relación interminable, calurosa y elocuente, con aquel calor y elocuencia del que habla de intereses propios, relación enmarañada, erizada de frases incidentales, paréntesis, diálogos y episodios que no tienen nada que ver con el asunto, y tan interesante en suma para él, como insípida y soporífera para mi hombre. Y á éste no le ha de valer, resolverse á pensar para sí lo que se le antoje, dejando que diga el otro lo que se le ocurra..... ¡Cá!..... No hay medio, porque el importuno se interrumpe á cada paso con estas ó parecidas preguntas:

—¿No es verdad?... ¿Qué te parece?... Fíjate en eso... ¿Qué hubieras hecho tú?... Ponte en mi lugar.

Mi hombre distraído, vuelve en sí.

—¡Verdad!..... ¡verdad!..... —dice azorado..... —es exacto.

—Pero tú ¿qué hubieras dicho?

—Pues..... yo..... hubiera dicho..... ¡toma!..... lo que tú..... ni más ni menos que tú.....

—¿Verdad?

Y sigue la relación.

Pero exhausto ya el depósito de paciencia que guarda mi hombre para estos casos, acaba por decirse que hay que librarse de aquel moscón, y viendo ya perdida la mañana, le dice al forastero:

—¡Hombre!..... muy bien..... muy bien..... ¿Te parece si saliéramos y me contaras esto por la calle, porque yo á esta hora (saca el reloj)... tengo algo que hacer y de paso..... Esto no es echarte de casa..... todo lo contrario (sólo que es perfectamente lo mismo).

—Vamos.....

Salen y sigue por la calle la relación, con acompañamiento de manoteos y paradas, y gritos y exclamaciones, porque el importuno es hombre que, en cuanto se ve al aire libre, se figura ya autorizado para dejar los modales tímidos y encogidos de la visita..... ¡Claro!..... ¡Como en la calle no le ve nadie!.....

Mi hombre le escucha ya con menos angustia.

—Al volver de la primera esquina..... le dejo..... Pensado y hecho.

—Pues, chico, he tenido una viva satisfacción en verte..... me alegro que hayas ido á casa antes que á ninguna parte..... Allí me tienes..... á ver si vas á comer conmigo un día..... Ahora tengo que subir aquí..... porque..... Esta noche nos veremos.

Vuelta á las risas y á los apretones y me lo deja plantado en el arroyo, con la mayor cortesía del mundo.

Como mi hombre no puede ya trabajar, aprovecha esta malhadada ocasión para cumplir algún encarguillo, ó despachar algún asunto de menor cuantía, de los que se relegan al eterno mañana de la pereza.

—De paso iré á la librería á comprar el último tomo de Galdós..... en un verbo.....

Ya te darán el verbo.

En la librería, allí, allí le está aguardando el segundo importuno, hombre que no tiene nada que hacer y se pasa las horas muertas en la tienda, deteniéndose entre sus garras horas y horas al infeliz ocupado y presuroso, que va á las tiendas á lo que debe irse: á comprar.

El segundo importuno es hombre muy locuaz, y en la tupida tela de araña de su verbosidad prende sin compasión á la incauta mosca que entra descuidada.

—¡Señor mío! ¿Usted por acá?

—Sí..... entraba..... ¿Tienen Vds. la última obra de Galdós, el *Doctor Centeno*?

—¡Galdós!..... ¿Le gusta á V. Galdós?

Mi hombre no se atreve á responder.

Sabe ya el martirio que se le prepara; ve la retirada difícil, la puerta obstruída; tentaciones le dan de decir: —No señor, no leo á Galdós, ni nada—y echar á correr. Pero no puede, y resuelto á aprovechar la primera coyuntura, sonríe á su interlocutor con risa de conejo, recordando que es la segunda vez que oye lo que no le importa.

Mientras toma y paga el libro, el importuno ya ha preparado sus instrumentos de tortura y allá va otra relación ó mejor discurso, sobre aquel autor, la novela contemporánea, el naturalismo, las instituciones sociales, etc., etc.

Mi hombre intenta escapar varias veces, y ha logrado ya cogerse al pestillo de la puerta, siempre sonriente.....

—Bien, sí..... es verdad..... pero.....

—Lo peor de todo esto es que.....

Y sigue el discurso.

Por la puerta entreabierta, entran y salen, ó mejor se escurren, otros seres que, más felices que mi hombre, son libres..... enteramente libres. Alguno de ellos, parroquiano de la casa, tiene el mal corazón de reirse, viendo á un semejante suyo en tal apuro, ó, con incalificable avilantez, saca partido de la desgracia ajena y escapa aquel día de aquel chararrón de palabras cotidiano.

—¡Claro que sí!..... ¡claro que sí!..... Me marchó.....

Y mi hombre, por gran fortuna, viendo pasar por la calle á un amigo suyo, otro importuno, que algún día tal vez le torturó también, se agarra á él como á un hierro ardiente. —¡Eh!..... ¡Fulano!..... — permítame V..... tengo que decirle al señor cuatro palabras.

Y sale trinando.

Pero ¿dónde irá el buey que no are?... ¡Infeliz!..... Á los pocos instantes ya reconoce su yerro. El amigo le coge por su cuenta.....

—¿Cómo va?

—Hombre, huyendo de ese charlatán, pedante.....

El otro, primero se ríe mucho del lance y hace coro á las maldiciones de mi hombre, pero á los pocos minutos como si se hubiese dicho:—ya verás en qué manos has caído,—ya está sacando la oreja.

—¿Usted á dónde va?

—¡Yo!..... —dice mi hombre, ya asustado — á casa.

—Hombre, ¿y qué va á hacer V. á estas horas?

—Tenía que escribir un par de cartas..... y.....

—Pero, hombre, ¿y quién escribe cartas á estas horas?

—Eso es verdad; para escribir cartas, hay una hora solemne y prescrita por la ley, la única en que pueden escribirse.

—No vaya V. á escribir cartas..... El día está

hermoso..... vamos á dar una vuelta..... verá V. qué mujeres.....

—Las he visto.

—Eso no quita; me acompaña V. á mí; no sea usted egoísta.

—No es esto; es que forzosamente hoy.....

—Pero, hombre; V. no medrará nunca; siempre trabajando..... siempre de prisa..... Vaya, déjese usted llevar..... hombre!

Se agarra á él.....

—No, no; V. me dispensará..... pero.....

—No hay excusa que valga..... se viene V. á paseo ó reñimos.....

Tirando de él.

—Le digo á V. que no.

—Pues yo le digo á V. que sí... Esta vida que usted lleva, no es para llegar á viejo..... Hay que hacer ejercicio..... Sea V. amable y no me importune usted con negativas.

—¿Yo importuno?... ¡lo que más detesto!

—Pues ceda V.

Se lo lleva á remolque; mi hombre cede entre amostazado y mohino, y pasea sin gana una horita, renegando de su estrella, y de su carácter flojo y vacilante, hasta que se decide por largarse á casa á almorzar. Pero la antesala está llena de gente que le aguardaba, no parece sino que con el piadoso intento de hacerle almorzar un par de horas más tarde, y cuando se sienta á la mesa, tiene que levantarse cada dos por tres, porque como á aquella hora ya han comido todos los sastres y sombrereros y repartidores de periódicos y conserjes de ateneo, la aprovechan para comparecer en correcta formación y presentar la cuenta á traición y sobre seguro.

Si mi hombre intenta luego refugiarse en el salón de lectura del Ateneo, no ha de faltar quien se la interrumpa para enseñarle un grabado muy bueno, que á lo mejor, sin saludarle siquiera, interpone entre los ojos y el libro un amigo confanzado.

Si sube á la tran-vía, en la plataforma cuajada de gente, hallará á alguno que habla á voces y se empeña en enterarle de su salud y la de toda la familia, por encima de las apiñadas cabezas que median entre ambos; diálogo divertido y cómico que obliga á mi hombre á escurrir el bulto.

Si va al teatro, en los corredores, se cuelga de su brazo algún crítico, que ejerce su alto sacerdocio en público y convierte aquel rato ameno en acalorada disputa sobre el mérito respectivo de Masini ó Gayarre, como si se tratara de confiarles la suerte de la nación y no de que buenamente nos diviertan como puedan.

Y en todas partes, vaya á donde vaya, en la calle, en la peluquería, en un palco, en una visita, hallará al que se pica de chistoso y hace consistir los chistes en ofensas al amor propio; al sobón y adulador que azota el rostro del hombre llanote largándole un piropo, como pudiera una bofetada; al que con sonrisas de malicia, ve en todo segunda intención, aventuras y calculados propósitos y quema la sangre con frascillas:—Ah, pícaro! ¿á dónde iba V. la otra noche con fulana?... —Ya sé que trata V. de introducirse en tal parte!..... ¡Qué maula!

Cuando mi hombre llega á casa, rendido, aturdido, mareado, echando chispas, desahoga su bilis, contando á su mujer, á un hermano, á un amigo, los diversos episodios de su prolongado martirio.

¡Último importuno! Su mujer, ó su hermano, ó su amigo, lejos de condolerse de él, exclaman:

—Pero qué geniazos tienes!..... Vaya qué grandes molestias..... Esto son pequeñeces.

—¿Pequeñeces?... ¡Cómo pequeñeces!... Con que, pequeñeces!... Y ni un solo momento hice mi voluntad, esclavo de todos.... Y donde buscaba descanso, hallé el malestar sin haber cometido otro delito que usar del derecho de ir y venir, sociable y atento... Me han acibarado los pequeños sorbos de la vida cotidiana. ¡Pequeñeces! Estas pequeñeces la constituyen toda, que los grandes trances no son los comunes. ¡Pequeñeces!... Como los alfileres

tazos de los mosquitos que acaban por envenenar la sangre y trastornan los humores. ¡Pequeñeces!... Pues es más fácil evitarlas. ¡Cómo no se convence esa gente que el día se hizo para ocuparse en algo y los teatros y ateneos para solazarse, breves minutos de tregua en el combate continuado por la vida, por la reputación!... Cuando digo que voy a comprar un libro, no quiero ir a otra cosa; y si me marchó a casa no quiero tomar el camino más largo, y no hay nada tan impertinente como las reticencias, ni tan necio como los chistes inoportunos, y que ya estoy cansado de soportar pequeñeces. ¡Ea!

Y mi hombre se acuesta refunfuñando después de haber perdido el día.

Y van mil.

J. YXART.

## LA HOLANDA Y SUS CIUDADES

Amsterdam 6 Agosto



A Holanda ó Países-Bajos, como se les llamaba antiguamente (Neder-land), forman el tránsito entre el continente y el Océano; son una conquista del hombre indo-europeo, en lucha con el líquido elemento. Antiguamente, era este país un agregado de islotes y lenguas de tierra, que cubrían espesos bosques, habitados por tribus errantes, que á los primeros embates de las aguas se retiraban para abandonar aquellas tierras al mar que las cubría, volviendo á avanzar en cuanto éste las dejaba libres. Desde estos primitivos habitantes bárbaros, que formaron sus primeros diques, clavando ramas de pino en el suelo arenoso, y amontonando tierra y guijarros con sus manos, hasta el moderno ingeniero que construye los actuales diques, sobre los *polders* ó terrenos robados al mar, ¡cuántos esfuerzos no representa esta tierra de Holanda! Sus hijos pueden gloriarse de haber creado la nación, empezando por el terreno que pisan. Así dicen ellos: *Dios hijo el mar y nosotros las costas*. Por esto comprendo yo el que este pueblo sea anti-providencialista, y que de su seno salieran libre-pensadores como Erasmo de Rotterdam y Spinoza, en una época en que en toda la Europa estaban discutiéndose formalidades de dogma, entre protestantes y católicos. En un país como Andalucía ó Sicilia, en que las flores crecen solas, y basta echar la semilla á la tierra para recoger abundantes cosechas, en un país en que el hombre recibe los beneficios de la naturaleza casi sin esfuerzo alguno, se explica el que todos crean en una providencia que les da el pan cotidiano y á más les alegra la vida con los esplendores de una flora exuberante; pero en Holanda, en que el hombre tiene que empezar por robar al mar el puerto que necesita, y luego continuar por defenderlo contra el ímpetu de las olas, contra las lluvias continuas, contra los fríos extremos, en este país, natural es que abunden los que afirman que el hombre no tiene que esperar en mas providencia que en su saber y en su esfuerzo.

El aspecto que presenta este país es original. Parece una Suiza que le hubieran aplanado sus montañas, derretido sus ventisqueros y convertido sus cascadas en riachuelos y canales. La vista encuentra por doquier, como en Suiza, una alfombra de yerba verde, de ese verde amarillo, fresco, y por doquier se ve agua ya estancada, formando lagunas, ya corriendo entre dos diques, ya regando el suelo en forma de riachuelos.

Los árboles, muy altos en Suiza, preséntanse aquí achatados, iguales y puestos en líneas. Vense infinidad de olmos, simétricos, sus copas redondeadas, plantados á la misma distancia unos de otros; de trecho en trecho rompen la monotonía de las líneas rectas que forman los horizontes, algunas casitas de alto y agudísimo tejado, y molinos, monumentales, gigantescos, con largas aspas que dan vueltas á impulsos del aire, y que mueven la máquina que sirve, las más de las veces, para absorber las aguas que, pasando del nivel del terreno por las filtraciones, lo inundan sin remedio. Recorren aquellas extensas praderas, multitud de vacas y bueyes, cuyo color blanco con manchas negras, destaca sobre el verde claro del paisaje. Á lo mejor vese una barca ó un falucho navegar por tierra firme y cruzar lentamente aquellos prados. Es que pasa por uno de los estrechísimos canales contenidos entre dos barreras artificiales que la yerba ha cubierto, y que impiden ver el agua al espectador.

La brisa del mar lleva á estos verdes campos una humedad especial, que forma un vapor azulado semi-transparente, que pasa casi rozando con el suelo. Á veces el viento del continente lo disipa, pero es para volver á formarse luego más denso, como una espesa bruma, que se ensancha, se esparrama por toda la llanura y lo envuelve todo. Entonces un fenómeno muy original se presenta á la vista. Los objetos se esfuman, sus contornos vacilan, sus colores vuelven mates, redondeanse los ángulos, las líneas son indefinibles, parece que las formas se diluyan en el seno de la atmósfera; es imposible el determinar dónde acaban los cuerpos; diríase que éstos están en un estado intermedio entre el sólido y el gaseoso. Á veces se difunden por completo y desaparecen, como si la naturaleza se envolviera en los pliegues de espesísima gasa. Pero arrecia el viento fresco del Norte, cae una lluvia pausada y la niebla va desapareciendo poco á poco. Entonces cruzan la atmósfera con pesado vuelo bandadas de cigüeñas. Los pastores acuden lentamente reuniendo sus rebaños; los campesinos marchan tranquilamente por los senderitos de vuelta del trabajo; distingue á lo lejos varias mujeres, casi inmóviles, delante de una larga línea

de tulipas, las cuales forman la cerca á varias casas de madera. No se oye mas ruido que el tic-tac apagado de los molinos. ó la sinfonía lejana de un campanario que toca las horas, con sus 24 ó 36 campanas de sonido dulce y armónico; luego todo queda en silencio. Parece el país de la calma.

Este espectáculo, con ligeras variantes, es el que presenta la campiña de este país tan original y tan distante del Norte de Europa.

Pero no se puede recorrer el campo durante algún tiempo sin que uno dé con una ciudad importantísima. En menos de 6 leguas de radio encuéntrase ciudades tan importantes y tan grandes como Dordrecht, Rotterdam, La Haya, Delft, Leyden, Utrecht, Haarlem y Amsterdam.

Vamos á dar algunos detalles de las que hemos visitado, por su importancia artística y científica.

Rotterdam es una ciudad muy parecida á Amsterdam, en la parte pintoresca. La forma de sus casas, la de sus calles, sus puentes, sus grandes edificios, son tan parecidos á los de esta última ciudad, que abreviamos la descripción, pues la haremos al tratar de la ciudad en que hoy se celebra la Gran Exposición Universal de Colonias.

Rotterdam es la ilustre cuna de Erasmo; en la plaza del Mercado, plaza suspendida encima del agua como un puente, hállase la estatua en bronce de este escritor. Está de pie con una gorra y una loba ó gabán de pieles, al estilo de la época, leyendo en un folio, con esa sonrisa irónica que era su carácter distintivo. Diríase que lee una Biblia y que está meditando su *Elogio de la Locura*. En una callejuela estrecha, cerca de la escuela de San Lorenzo, antiguamente la catedral, hállase una casita de aspecto modesto, sobre cuya puerta está la siguiente inscripción:

*Hæc es parva domus magnus quæ natus Erasmus.*

En tan humilde morada y con el nombre casi desconocido de Serrit Gerritz, nació el gran filósofo, que después, por seguir los usos del Renacimiento, tomó el nombre latino de DESIDERIUS ERASMUS.

En la misma plaza donde está la estatua, hay una casa pequeña, en uno de cuyos muros hay unas pinturas medio borradas. Se la conoce por *La casa del miedo*, y las pinturas en cuestión representan las escenas que en ella debieron de pasar cuando se refugiaron en su interior varios personajes eminentes de la ciudad en el momento en que los españoles la saquearon, viéndose obligados aquellos infelices á permanecer tres días sin comer nada. ¡Triste recuerdo el que dejamos en estos países en defensa de la intolerancia religiosa!

La catedral, de estilo gótico, imponente por su arquitectura, convertida hoy en templo protestante, está en su parte interior desconocida. El vandalismo de los reformados destruyó todo lo que de arte había en su interior, y sólo respetó el órgano.

El museo de Rotterdam es poco importante. Contiene un cuadro de Rembrandt, algunos combates navales de Van de Velde, hijo de Willem, ambos á dos primeros pintores de marinas de su país. Vi también algunos Ruisdael, cuadros de Cuyp y de Heemskerck, y alguno más que no recuerdo. No paso detenidamente revista á este museo como tampoco á los demás, pues pienso hacer de esto objeto de un estudio aparte. Por lo demás, Rotterdam es una ciudad comercial y marítima.

La Haya es la población en que hoy reside el rey de Holanda; es una ciudad tranquila, tanto, que parece muerta; tiene á un lado un bosque de dos leguas, y un sitio de baños de mar, muy próximo, llamado Scheveningue, donde van á pasar el verano las familias aristocráticas de Holanda. Por lo demás, las casas de La Haya tienen la construcción general de las holandesas, cuando no están construidas como los hoteles particulares de los alrededores del parque Monceau en París. La sola diferencia está en que aquí, como en el resto de Holanda, las ventanas son extremadamente grandes, y sin persianas ni postigos. La parte más notable de la ciudad es Binneuhof, grupo de palacios, de torres y de edificios varios, antiguos todos, que tienen el carácter de los barrios de la Edad media, y que reflejándose sobre las aguas de un lago, presenta el aspecto fantástico de una decoración de teatro. En la plaza de dicho sitio fué decapitado, por orden de los nobles, el segundo fundador de la República, el venerable Van Oldenbarnevelt. Allí fué torturado también Cornelis Witt, injustamente acusado de conspirador contra los príncipes de Orange. Allí fué acuchillada la célebre y hermosa Adelaida Poelgeert. Efectivamente, el lugar tiene ya no sé qué de dramático y de siniestro que espanta. El rey habita una quinta en el bosque, llamada *La casa de madera*: este es el palacio real de este monarca que se complace en serlo lo menos posible.

El museo de pinturas es muy superior al de Rotterdam. Citaremos algunos de los pintores más notables, cuyas telas figuran allí, para que se comprenda su importancia. Hay varios cuadros de Van Aalst, muchos de Breughel, dos de Gerardo Dov, nueve retratos de Vandyck, tres lienzos de Jordaans, dos de Van Ostade, cuatro de Paul Potter, seis de Rembrandt, entre los cuales están la célebre lección de anatomía y la Susana en el baño; seis Rubens de primera fuerza, dos cuadros más pintados entre Rubens, en su primera época, y Breughel; otros dos de Rubens y Snyders, dos Teniers, varios Van de Velde y otros. Esto sin contar las escuelas extranjeras representadas por Holbein, Durero, Velázquez, Murillo, Carracci, Guido, el Tiziano, el Veronés, Rafael, el Tintoretto, Poussin y algunos cuyos nombres no son ya tan conocidos.

De La Haya pasamos á Leyden, la Atenas del Norte en la época del Renacimiento, la patria de Rembrandt, cuna de Elzevir, albergue de Spinoza y de Descartes. Leyden es una ciudad muerta. Participa de nuestra Toledo actual por sus monumentos y de nuestra antigua Salamanca por su universidad. Sus casas, sus monumentos, todo es del estilo renacimiento, pero de un renacimiento extraño. La casa de la ciudad, de fachada larga y baja, con sus pisos ornados de esculturas, con sus dos escalinatas, con sus ventanas artísticas, con sus remates, tiene algo de la de Sevilla. Diferénciala, no obstante, un campanario monumental y una serie de esferas ó bolas, sobre cada una de las que se levanta una aguja apiramidada con las cuales terminan el tejado. La calle en que está situada, tiene algo de la calle Mayor de Madrid. En dicha casa de la ciudad se puede ver aún la mesa en que escribió Juan de Leyden, el célebre profeta que sostuvo la villa de Munster, después de coronado rey

de los anabaptistas contra al obispo conde de Waldeck. Allí se puede admirar, entre otras pinturas, el *Juicio final* de Lucoc de Leyden, el patriarca de la escuela holandesa, el primero que comprendió las leyes de la perspectiva aérea.

El *burg* es otro de los monumentos notables de esta ciudad; es el antiguo castillo, torre redonda, hoy vacío, que domina la ciudad, cuya verja de entrada es obra maestra de cerrajería, estando llena de escudos heráldicos con encrespados lambrequines. Encima de la puerta hay un gran león rampante de hierro forjado pintado de rojo; erizadas sus crines y retorcida la cola, blande una espada de oro. Debajo de él está este lema: *Pugno pro Patria*. Tiene razón: Leyden se batió, en medio de la peste y del hambre, como una fiera, para rechazar el sitio que le habían puesto los soldados de Felipe II. De lo alto de esta torre Van der Voës mandó á Valdés, que le intimaba la rendición de la plaza, estos versos latinos como respuesta:

*«Fistula dulces canit, volucrum dum decipit auceps.»*

La universidad fué inaugurada después de rechazadas las tropas católicas del duque de Alba. Esta universidad ha sido el refugio de muchos sabios libre-pensadores perseguidos en otras partes. Á este claustro han pertenecido Lipse, Vossius, Gronovius, Voickeaner, Scaliger, Gomar, Arminius y el ilustre Boerhaave, uno de los médicos más sabios de que la humanidad puede gloriarse. Esta universidad no ha desmentido su tradición. Brilla aún hoy día en el mundo científico como una de las primeras. En ella están los célebres Tiéle, autor de la mejor historia de las religiones comparadas; Kern, el historiador del budismo; Snuck, célebre arabista, que con Vanderlick han continuado los trabajos de Dozy; Pleyte, el historiador del presematismo, y otros. Gracias á la amabilidad del profesor Tiéle, he podido visitar la casa de campo en que trabajó Spinoza, la quinta en la cual meditó Descartes su sistema y el magnífico palacio en que escribió Dozy su *Historia de los árabes en España*. El molino en que murió Rembrandt, y la casa en que Elzevir fundió sus caracteres é imprimió sus preciosos libros, ya no existen; el primero se lo llevó una inundación; la segunda voló con otras varias en la explosión de un polvorín de un buque.

He podido ver también el museo de antigüedades, el zoológico, que es el primero del mundo, y el orientalista, en el cual están importantísimos documentos del arte egipcio, babilónico, sirdico, pérsico, arábico y chino.

Después de Leyden viene Haarlem. Haarlem es también una ciudad antigua de mucho carácter: está en un jardín de flores. La plaza principal contiene todo lo notable de la población, lo cual es mucho. La casa de contratación y ventas, especie de Lonja, de un carácter renacimiento churrigüesco mezclado de oriental, es un edificio antiguo que parece concebido por un pintor escénico muy instruido, pero loco. No he visto nada más fantástico. Al lado tiene la catedral, inmensa mole de arquitectura gótica, y en el ala derecha está la casa del ayuntamiento, edificio de lo más característico de la arquitectura holandesa del siglo XVI. Está coronado de almenas, con un techo que parece la quilla de un buque, guarnecido de una crestería de yerro forjado, con un balcón en su piso superior, saliente, lleno de balaustres, que á lo lejos lo asemejan á una jaula. En esta casa está el museo y en él lo mejor de Haarlem. Varias tablas góticas de un gran valor artístico representan los condes de la comarca durante la segunda mitad de la Edad media. Luego éntrese en una sala donde se ven algunos cuadros de la escuela flamenca y holandesa, para pasar al gran salón donde están los Frans Hals. No he visto en mi vida cuadros que me hicieran más sensación después de los de Velázquez. Las paredes están tapizadas de ellos. Son una serie de lienzos en cada uno de los cuales están, delante de mesas espléndidamente servidas, y en actitud de ir á comer, diez ó doce personajes, burgueses, oficiales, arqueros, señores, etc., todos de cara al espectador. Algunos de ellos preséntanse derechos, y diríase que se han puesto de pié para saludarnos. Todos miran al espectador con la *bonhomie* y jovialidad natural del país. Al entrar se me figuró que me había metido en un inmenso comedor lleno de gente. ¡Qué verdad y colorido!

En mi vida había visto cosa igual; aquellas figuras se destacaban, se movían, sentían é iban á hablar. Es tal el realismo, que uno los toma por conocidos á todos. El dibujo es grandioso y libre, y el color puede competir con el de Rembrandt. Hasta me atreveré á decir que le supera en frescura.

Otro de los casos notables de este museo es la colección de documentos relativos al descubrimiento de la imprenta. Según parece, la idea de imprimir con letras móviles que pudieran componer todas las palabras, se debe á Lorenzo Coster. En una vitrina está el primer libro impreso titulado: *Speculum humana salvationis*. Lleva la data de 1440, está impreso á dos columnas en caracteres góticos; hasta la mitad vese que la impresión se hizo con planchas de madera grabada. Su otra mitad fué ya con caracteres separables y móviles.

Á lo que parece Guttenberg ó Faust fueron obreros en casa Coster, y un día le robaron el invento y se marcharon por el Rhin á Alemania. Esta materia está admirablemente tratada por varios autores holandeses que los alemanes tienen buen cuidado de no traducir. No obstante, el doctor Van der Linde pretende que ni Coster, ni Guttenberg, ni Faust fueron los primeros en el invento; que no hicieron más que reunir los esfuerzos de varios y apoderarse de procedimientos de estampado, ya corrientes, modificándolos. Juan Coster (ó Juan el Sacristán), que esto quiere decir este nombre, está enterrado en la catedral, y en la plaza vese aún la casa que habitó, sobre cuya puerta está su busto con una leyenda. En medio de la misma plaza levántase su estatua en bronce sobre un alto pedestal de granito, con esta inscripción:

*«Laurentius Johannis, filius Costerus, typographiæ litteris mobilibus è metallo fussis, inventor.»*

Llegamos, por fin, á Amsterdam; la Venecia del Norte, la gran ciudad colonizadora, emporio del comercio septentrional, la que hoy ha convocado á todas las naciones civilizadas á universal exposición para que demuestren su influencia en propagar la moderna cultura en los continentes aún no civilizados. Pero dejemos á Amsterdam y á su magnífica Exposición para la correspondencia siguiente.

POMEYO GENER.

## CRÓNICA ROMANA



EMAS hay que tienen el triste privilegio de imponerse al cronista, relegando á término secundario los que más adecuados son á la índole de sus tareas. Una catástrofe, digna de figurar entre las épicas, el hundimiento de Casamicciola, en Ischia, señalará en adelante, con sus 5000 víctimas, el fúnebre recuerdo del 28 de Julio.

En los dos extremos del golfo de Nápoles, tan célebre por su belleza, brotan del mar tres islas de origen volcánico. Al Sud, en frente de la *Campanella*, resalta Capri (*Caprea*, de Tiberio); al Norte, en primer lugar, la Prócida, y algo más lejos, en el mar Adriático, Ischia (*Pithecura*, de los antiguos, así denominada, porque era habitada únicamente por monos), Ischia, ó mejor dicho, el Epomeo, surgiendo de las olas y proyectando en los aires su cumbre cubierta de eternas nieves.

Para el viajero que llega de Nápoles, el aspecto de esta isla es deliciosísimo; pero ¿quién osaría describirlo, después de las bellísimas frases que le dedicó Lamartine? «Un sol radiante derramaba en el mar cintas de fuego y se reflejaba en las blancas casitas de una costa incógnita. Una suave brisa, procedente de tierra, hacía palpar la vela sobre nuestras frentes y nos impelia de recodo en recodo, de roca en roca. Era la costa dentada y cortada á pico de la encantadora isla de Ischia. Se me aparecía, por vez primera, nadando en luz, saliendo del mar, perdiéndose en el azur, como un ensueño de poeta durante el ligero dormir de una noche de verano.—La isla de Ischia, que separa el golfo de Gaeta del de Nápoles, y á la que un estrecho canal separa, á su vez, de la Prócida, viene á ser una elevada montaña, cuya cima blanca hinca sus mellados dientes en el cielo. Sus ásperas faldas, ahuecadas por valles y surcadas de torrentes, están tapizadas de sombríos castaños. Sus mesetas, próximas al mar, é inclinadas sobre las ondas, sustentan cabañas, villas rústicas y pueblecitos semi-ocultos bajo frondosas parras. Cada uno de estos pueblecitos tiene su *marina*. Así se llama el puertecito donde flotan las lanchas pescadoras y donde se balancean los mástiles de algunas embarcaciones veleras.»

La circunferencia actual de Ischia es de 30 kilómetros; su longitud, de O. á E. mide 8 kil. y su anchura, de N. á S., 5 kil.

Muchas colonias griegas, que se establecieron en la isla, antes de la Era Cristiana, se vieron obligadas á abandonarla, por efecto de las erupciones del Epomeo, que se eleva á 850 metros de altura, dominando á otros doce volcanes menores. Dícese que los Eritrenses y luego los Calcedonios, fueron arrojados de la isla por oscilaciones de su suelo y por las emanaciones ardientes que se exhalaban de las fisuras contiguas á los cráteres. Más adelante (280 años antes de J. C.) Husson, rey de Siracusa, fundó en Ischia una colonia; pero, apenas los nuevos habitantes hubieron establecido una fortaleza, cuando un terremoto los ahuyentó, no sin causar numerosas víctimas. En 1302, una corriente de lava brotó de un punto llamado el *Campo del Arso*, no lejos de la villa de Ischia. Las viviendas cuyos pies lamó el igneo elemento, fueron abrasadas y derruidas.

Narra Pontano, que los estragos de la lava y de las oscilaciones terribles, persistieron durante dos meses. Los habitantes hubieron de emigrar.

Después, gozó Ischia de un largo período de tranquilidad. Las dos últimas conmociones datan de 1828 y 1881. Si bien, según parecer de los hombres de ciencia, nada marcaba este año el despertar de las fuerzas subterráneas, algunos ancianos indígenas, guiándose por indicios vulgares, habían comprobado señales precursoras que, á su entender, advertían la proximidad de algún grave fenómeno, y habían manifestado á la autoridad y á algunos habitantes sus lúgubres conjeturas; pero se les obligó á callar, á fin de que, con sus aprensiones, no asustaran á los forasteros, en el momento en que empezaba la estación termal. Enmudecieron, pues y ¡quién sabe si de su silencio no habrá dependido la magnitud del cataclismo!

Como compensación (si compensación cabe á tan aterrador acontecimiento) ha resonado inmediatamente en el mundo un solo grito: *caridad!*

«¡Practiquemos la caridad!» Tal es la frase que todos repiten hoy, y á la que todos responden, indistintamente. Los espléndidos resultados obtenidos hasta ahora, son evidente prueba de que el género humano es algo mejor que su fama. La población de Roma, hermanando sus esfuerzos con los del resto de Italia y las otras naciones, cuyo corazón se conmoviera profundamente á la noticia del desastre de Ischia, está ofreciendo un espectáculo sublime de filantropía. Suscripciones, donativos, funciones teatrales, todo concurre á tan bello fin, y en los ánimos todos arde la benéfica llama. Así lo ha demostrado el éxito de la cabalgata que, solicitando ofrendas, recorrió las principales calles de Roma y sus arrabales. Los objetos de vestir, ropa blanca, alhajas, etc., atestaban los carros, y en los almacenes municipales de la *Bocca de la Verità*, se hacinó una cantidad de objetos indescriptible. Menester sería un volumen para consignar todos los conmovedores episodios ocurridos durante la cuestación. Un caballero, que pasaba en coche, al ver á la comitiva, se quitó repentinamente la levita, el chaleco y el sombrero, y lo entregó á los postulantes; un pobre ciego se desprendió de su chaqueta (¡la única que poseía!); algunas mujeres del pueblo ofrecían sus pendientes de oro; otras entregaban su reloj y cuánto dinero llevaban encima. En los barrios más pobres, en el *Trastevere*, fué todavía más admirable la obra de caridad. Algunas familias se desposeyeron de los colchones de sus camas; las mujeres echaban en los carros las prendas de ropa blanca que habían puesto á secar en sus ventanas, y unas cuantas, no teniendo otra cosa que ofrecer, se quitaban los refajos y gritaban, al depositarlos en los carros: «¡para nuestras hermanitas de Casamicciola!»

Lo recaudado hasta la fecha, en Italia, por todos conceptos, pasa de un millón y medio de liras.

Dentro de breves días llegarán á Roma los tres alumnos pensionados por la Academia de Bellas Artes de Francia para proseguir sus estudios de composición musical, Vidal, Debussy y René. El primero, discípulo de Massenet, tiene, como su maestro, un corazón fogoso y maneja el estilo con notable destreza. Sus dos émulos, Debussy, discípulo de Girard, y René,

discípulo de Delibes, brillan por cualidades menos completas, pero más estimables. Debussy revela un temperamento de exuberancia tal vez excesiva, que la experiencia y el estudio moderarán; René, de imaginación vivísima y á la vez espíritu metódico, muestra verdaderas disposiciones escénicas. El poema elegido por la Academia para el certamen, era el *Gladiador*, de Moreau, obra de positivo valor literario, pero de valor lírico muy discutible. Trátase, según costumbre, de un cuadro de tres personajes cuya acción, por decirlo así, se halla reglamentada de antemano.

Sobre este punto, y opinando de conformidad con nuestros colegas franceses, no atribuimos la culpa al libretista, sino á la Academia, que redacta aún su programa como en 1803, época de la fundación del premio de Roma. En pro del arte, consideramos que debería hacerse alguna innovación, para ampliar el cuadro abierto á los aspirantes. Bastaría preocuparse un tanto de las tendencias diversas de nuestra época y pedir á los libretistas encargados de preparar los temas oficiales, la introducción de algunos elementos nuevos en su obra: coros, partes sinfónicas ó descriptivas. Así se establecería, á poca costa, el equilibrio entre los opositores, quienes no todos quieren ó deben consagrarse al teatro; el carácter uniforme del poema no puede dar satisfacción á todas las aptitudes; no sería, pues, inoportuno facilitar á los sinfonistas el acceso á nuestra *Villa de Medicis*, en una época en que los autores dramáticos, al salir de Roma, con dificultad encuentran teatros abiertos á sus primeros ensayos.

Después de las vivas polémicas suscitadas por la cuestión de plagio entre Uchard y Sardou, nada tiene de extraño que la representación de *Fiammina*, dada hace pocos días en el *Quirino*, obtuviese un lleno completo. Por lo demás, plagio ó no, lo importante es que la *Odette* de Sardou puede alcanzar 12 ó 15 representaciones, en una temporada, mientras que la *Fiammina* de Uchard, después de esta efímera resurrección, caerá de nuevo en el olvido de que la sacara el reciente litigio. Es una labor débil, de factura convencional y acción casi nula. No cabe negar que la situación dramática es casi la misma que domina en la *Odette*, de Sardou, como la de ésta es idéntica á la que impera en la *Colpa vendica la colpa*, de Giacometti. Empero, la situación, en un drama, dista mucho de ser el todo, limitándose á constituir, por decirlo así, la materia primera que sirve para desarrollar la obra del arte. Y el éxito de la de Sardou estríba, completamente, en la maestría con que supo desarrollarla el eminente dramaturgo.

Ha fallecido uno de los más célebres artistas extranjeros residentes en Roma: el pintor Ridet, después de una larga carrera llena de triunfos. Contaba ochenta y tres años de edad, y desde su juventud se había establecido definitivamente entre nosotros. Sus lienzos figuraban siempre, en primera línea, en las Exposiciones, y pocas galerías habrá en Italia que no posean alguna de sus obras.

D. C.

Roma, 12 Agosto de 1883.

## REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

## POESÍAS DE D. RAMÓN DE CAMPOAMOR



VENUS SACRATÍSIMA

DOLORA

Una estatua de Venus Citera  
vió un Aha en un huerto abandonado;  
la vistió, y con fervor  
llevándosela al templo de una alde,  
transformó aquella afrenta del pasado  
en virgen del pudor.  
¡Grande impiedad! La diosa que en Oriente  
se hace adorar porque al desnudo ostenta  
su hermosura carnal,  
cubierta con un velo, en Occidente  
cantando á los fieles represente,  
la belleza moral!  
¡Hondos misterios de la fe, que ignore!  
Se dejó Venus contemplar sin velo,  
y es ideal lo real.  
Mas se cubre después con seda y oro,  
y Venus pasa del Olimpo al Cielo,  
y es lo real ideal.

ILUSTRADAS



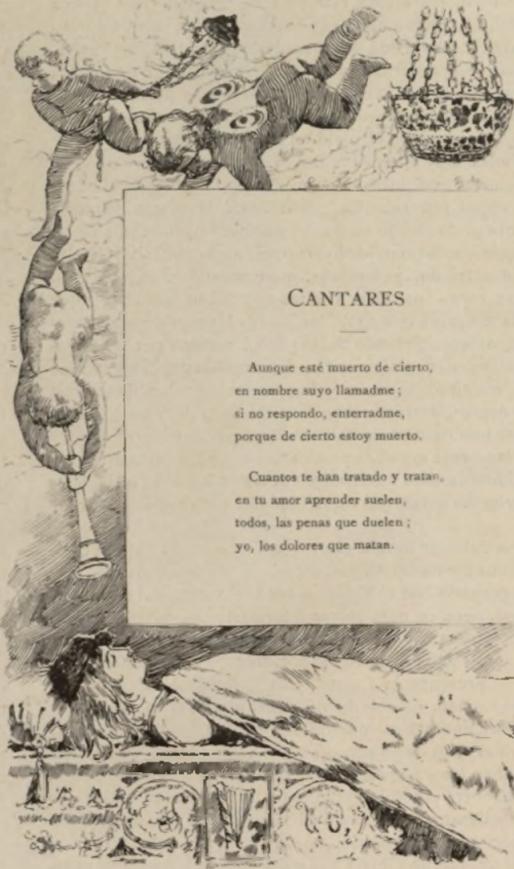
POR

H. GOMEZ SOLER

FRANCISCO PEREZ — BARCELONA

Establecimiento Tipográfico-Editorial

Ausias March, 95 y 97



CANTARES

Aunque esté muerto de cierto,  
en nombre suyo llamadme;  
si no respondo, enterradme,  
porque de cierto estoy muerto.

Cuantos te han tratado y tratan,  
en tu amor aprender suelen,  
todos, las penas que duelen;  
yo, los dolores que matan.



ARTE Y LETRAS



Point par J. Ferrer

Lithdruck Blatt

*Emigradas.*

Artistische Anstalt  
von  
Brosch's Verlag Wien & Buda.

New-York Published by Smith.

Wien Verlag von Reissner & Co

ARTE Y LETRAS



Printed by E. Guando

Lehrdruck Blatt

*En la Botica.*

Wien, Verlag von Renner & C<sup>o</sup>

Artistische Anstalt  
BARNETT, Leipzig, Poth & Buda

New York, Published by Seidel